



**SEMILLAS
DE
ÁRBOL**



UN MILLONARIO CON MALA PATA

Relato Ganador Categoría 3° - 4° de Primaria

de Sara Rúa Rodríguez

Pag. 7

EL GORILA GUNI

Relato Finalista Categoría 3° - 4° de Primaria

de Martín Roig

Pag. 11

LA VIDA ES CORTA, ¡DISFRÚTALA!

Relato Ganador Categoría 5° - 6° de Primaria

de Ania García Fernández

Pag. 13

EL SECRETO DE MI VECINO

Relato Finalista Categoría 5° - 6° de Primaria

de Elsa Fernández Dupuy

Pag. 17

NO SÉ DE QUÉ ESCRIBIR ESTE RELATO

Relato Ganador, Categoría 1° y 2° E.S.O.

de Marco Macía Bravo

Pag. 21

CARTA SIN DUEÑA

Relato Finalista, Categoría 1° y 2° E.S.O.

de Marta Pastor Arranz

Pag. 23

EL BAÚL DE MARY

Relato Ganador, Categoría 3º y 4º E.S.O.

de Itziar Tuñón Álvarez

Pag. 29

EL DÍA EN QUE MI VIDA CAMBIÓ

Relato Finalista, Categoría 3º y 4º E.S.O.

de Zenahir Romero Romero

Pag. 35

LO QUE HABITA EN MI

Relato Ganador, Categoría Bachillerato

de Inés Martínez Salgado

Pag. 43

FLASHBACK

Relato Finalista, Categoría Bachillerato

de Mar Vallejo Menéndez

Pag. 49

EL SIGNIFICADO DE LAS FLORES

Relato Finalista, Categoría Bachillerato

de Belén Domínguez Martínez

Pag. 53

SEMILLAS DE ARBOL

Presentación de los relatos ganadores del V Concurso de Relatos

En la Asociación de Padres y Madres de Alumnos del Colegio Loyola Escolapios de Oviedo estamos muy orgullosos del Concurso de Relatos “Semillas de Árbol”.

Son ya cinco ediciones de un concurso que nació para crear un espacio de convivencia y colaboración creativa entre el Colegio, sus alumnos y los padres y madres.

Pensamos que tomando la valiente decisión de enfrentarse a una pantalla en blanco -antes hojas de papel- y plasmar por escrito las fantasías, realidades o sueños que pasan por la cabeza de cualquiera de vosotros, ofrecemos una magnífica plataforma de expresión para canalizar ideas con el afán de que sean publicadas.

A pesar de que vivimos en una sociedad digital, en la AMPA creemos que es posible la convivencia entre el tradicional libro y los nuevos formatos de expresión y que el libro tiene una personalidad que todavía no han alcanzado otras tecnologías.

Quizá lo logren algún día, pero mientras tanto, ofrecemos la publicación en forma de libro con los relatos ganadores y

finalistas que han sido seleccionados por el Jurado.

Además, nos unimos a la celebración del Día del Libro con una publicación que pertenece a todos los alumnos del Colegio Loyola. A todos vosotros.

Con vuestros relatos se presenta una buena excusa para leer y forjar un nuevo lazo con ese amigo inseparable: el libro.

En esta edición hemos recibido un total de 168 relatos. Una participación numerosa y representativa con una variopinta temática. Pero con un punto en común: la interesante visión que tenéis cada uno de vosotros de los problemas y soluciones que sacuden al mundo. Vuestro particular punto de vista, sobre el que se cimientan las decisiones del mañana.

En esta ocasión el Jurado tampoco lo ha tenido fácil y desde el Departamento de Lengua del Colegio y con la colaboración de las madres Ana García Ciaño y Aurea Blanco se han seleccionado ganadores y finalistas para cada una de las cinco categorías sobre las que, conforme a las Bases, se realizó la convocatoria. Agradecemos su trabajo, paciencia y esfuerzo.

Felicidades a todos,- ganadores y participantes-, porque este libro os pertenece.

AMPA

Día del Libro 23 de abril de 2017

www.ampaloyola.es

SARA RÚA RODRÍGUEZ

UN MILLONARIO CON MALA PATA

Ganador Categoría 3º - 4º de Primaria

(4º de Primaria)

Seudónimo Señorita Austen



Érase una vez un millonario llamado Jorge. Era muy vago y nunca le apetecía trabajar, siempre le estaban riñendo porque no hacía nada, pero a él le daba igual, solo pensaba en lo feliz que estaría en su casa tirado en el sofá mientras veía la tela comiéndose unas patatas.

Además, defraudaba a sus amigos constantemente. Cada vez que le pedían un favor, lo rechazaba de mala manera. Y os preguntareis ¿Cómo puede tener una casa y un trabajo con lo vago que es? Pues era porque sus padres se lo hacían todo o al menos eso pensaba él ... hasta que un día murieron. Jorge se puso muy triste y empezó a preocuparse mucho por lo que le podría ocurrir más adelante.

Al cabo de un mes toda su vida cambió, su casa era un desastre total: la ropa estaba por el suelo, el baño parecía una pocilga y el salón, una granja, su perro Rocky se había dedicado a morder todos los libros, las sillas, los cojines etc...

En el trabajo, no le iba mucho mejor, su jefe le había cogido manía y le amenazaba con degradarle. Así lo hizo: Jorge se dio cuenta de que tenía que espabilar. Pero no le sirvió de mucho porque cada vez que se proponía hacer algo bien le salía mal. Cuando intentó mandarle un correo electrónico a un compañero que estaba en Italia el ordenador explotó, pero ese no fue su único fallo.

También rellenó un formulario y la tinta del bolígrafo se le

cayó en los pantalones. Entonces tuvo que cambiarse.

A la mañana siguiente Jorge se despertó y se percató de que ¡se había quedado dormido!, así que no desayunó y salió a la calle en pijama. Todo el mundo le miraba raro: no es muy frecuente ver a una persona corriendo por la calle y gritando ¡llegaré, llegaré!

Cuando estaba en la oficina le extrañó mucho que no hubiera nadie y al cabo de una hora se dio cuenta de que ¡era sábado! y no tenía que ir a trabajar así que se marchó a casa tan pancho.

Se pasó todo el día leyendo e intentando arreglar la casa aunque sinceramente ... seguía igual.

Esos días Jorge se sentía realmente raro no le apetecía comer ni tampoco era tan alegre como otras veces. Se debía a que echaba de menos a sus padres y no dejaba de pensar en ellos. Estaba muy solo.

En el trabajo le habían bajado el sueldo y su fortuna se iba desvaneciendo. Poco tiempo después tuvieron que embargarle su mansión porque no podía permitírsela, también perdió todo su servicio: al mayordomo, la limpiadora, el chofer, etc. Así que decidió mudarse a un piso normal sin baños de oro o limusinas con piscina. Pero no le fue fácil acostumbrarse a su nueva vida ya que siempre había vivido como un rey. Además todos los días tenía que coger el autobús y siempre lo perdía. Pero un día consiguió llegar a tiempo y, cuando ya llevaba un rato esperando en la marquesina, como el autobús no llegaba, se puso a jugar con el móvil y se dio cuenta de que, ¡ese día no había autobuses!, era porque en su ciudad había una tradición que decía que el 25 de marzo no se podían utilizar vehículos.

Pasaron las semanas, los meses, y Jorge seguía igual que siempre, con la ropa del revés, sin saber usar la cafetera, etc. Pero un día, por la noche Jorge llegaba cansadísimo del tra-

bajo, cuando estaba esperando un taxi se le acercaron un padre y su hijo, el niño le dijo:

-“Señor, ¿se encuentra bien?, ¿quiere que le llevemos a nuestra casa? No tiene muy buena cara”-.

Jorge respondió:

-“La verdad, no me importaría, ¿está muy lejos?”-.

El padre le dijo que estaba cerca de allí, así que se fueron a su casa.

Por el camino se encontraron con un perro malhumorado que les persiguió hasta la vivienda. Como habían caminado mucho estaban muy cansados y se echaron a dormir los tres en la única cama que había y se quedaron dormidos. Al día siguiente, Jorge se despertó porque oyó un ruido de unas obras, y cuando salió a la calle el amable señor que le había ofrecido ir a su casa estaba trabajando junto a unos compañeros para arreglar la acera.

Él se acercó a Jorge y le dijo:

-“Venga, ¿por qué no te pones a trabajar?”-.

-“Es que hoy no me apetece nada” - se quejó él-.

-“Mira Jorge, para ganarse la vida hay que trabajar y esforzarse. A la mayoría de la gente no le dan todo hecho. ¿Lo entiendes?”-.

En ese momento, Jorge comprendió que sus padres habían trabajado mucho para conseguir todo lo que tenían, así que se puso a la tarea y no se volvió a quejar.

Al cabo de unos días de trabajo en la obra decidió marcharse de aquella casa porque ya se veía preparado para volver a la suya. Así que les dio las gracias al niño y a su padre por haberle enseñado tantas cosas.

Desde aquel día, Jorge empezó a hacer las tareas del hogar, trabajó con ilusión y esfuerzo en la oficina, se ganó un ascenso y fue a celebrarlo con sus nuevos amigos: los que le habían enseñado a trabajar duro.



MARTÍN ROIG

EL GORILA GUNI

Finalista Categoría 3º - 4º de Primaria

(3º de Primaria)

Seudónimo Fulanito



Érase una vez un gorila que se llamaba Guni y vivía en las profundidades de la jungla.

Todos los gorilas se burlaban de él porque tenía un sueño que era vivir con los humanos en la ciudad. Sus padres siempre le decían que las personas eran peligrosas y que una vez habían venido a la jungla y se habían llevado a su abuela a un zoo. Sin embargo, él no se rendía y seguía pensando en vivir con ellas.

Un día Guni fue a la playa y vio un gran barco con un montón de personas dentro y se fue corriendo a contárselo a todos los demás gorilas para que lo supieran y pudieran esconderse de ellos.

El jefe gorila ordenó a todos que se reunieran en las profundidades de la jungla.

Guni era el más lento. Se quedó atrás y se cayó en un agujero. Sus padres le intentaron sacar pero no podían. Entonces, le dijeron que se metiera un poco más para adentro y que esperará ahí, y que intentarían sacarle al día siguiente.

Guni estaba un poco asustado, pero intentó mantener la calma. Cuando se tranquilizó oyó pasos y vio pasar a una niña muy alegre que iba cantando a la vez que llevaba un muñeco de un gorila. Detrás iba un hombre grande y fuer-

te con un gran cuchillo para abrir el paso y no caerse ni hacerse daño.

Guni se asomó un poco para ver mejor y justo en ese momento oyó que el hombre le contaba a la niña que habían capturado a un gran gorila y que le necesitaban porque él era muy fuerte.

El hombre se fue corriendo y la niña se quedó sola. Poco a poco se acercó adonde estaba Guni, lo vio en el agujero y le ayudó a salir. Después, le dijo que se escondiera porque sus compañeros cazaban gorilas para llevárselos al zoo.

Guni se asustó y su amiga intentó tranquilizarlo. Después Guni se escondió cerca y se quedó a la espera de que sus papas le encontraran.

Al día siguiente, sus padres fueron a cogerle. Cuando los vio llegar, Guni salió de su escondite. Entonces, sus padres le contaron que habían capturado al gorila jefe y que habían quedado en ir a rescatarle. Al día siguiente, todos los gorilas fueron a la playa, atacaron y consiguieron liberar a su jefe, que tenía una herida en la pata.

Después de curar a su jefe, los gorilas quisieron atacar a la niña, pero Guni los frenó contándoles que le había ayudado a salir del agujero y se hicieron amigos de ella.

La niña, junto con los gorilas, volvió al barco y les contó al resto de los humanos que sus amigos los gorilas eran inofensivos.

Subieron todos al barco y fueron a la ciudad. Cuando llegaron, se acercaron al zoo donde estaba la abuela de Guni. El jefe del zoo les dijo que podían pedir un deseo, y los gorilas pidieron que dejara libre a la abuela de Guni.

Además, el jefe del zoo les dio permiso para quedarse en libertad haciendo juegos malabares, bailes, torres, etc.

Y allí se quedaron y todos vivieron felices.

ANIA GARCÍA FERNÁNDEZ

LA VIDA ES CORTA ¡DISFRÚTALA!

Ganador Categoría 5° - 6° de Primaria

(6° de Primaria)

Seudónimo Unicornio Feliz



Hola, soy Luna.

Mi historia puede que os parezca triste, pero así es la vida: Tenía ocho años cuando mi país, Siria, fue bombardeado por unas guerras inútiles.

Iba paseando tranquilamente con mis padres cuando una bomba arrasó el parque por el que paseábamos. Una nube de polvo nos cayó encima y casi no podíamos respirar. Mi padre me decía que no iba a pasar nada mientras que mi madre me abrazaba pero aun así, por mis mejillas resbalaron lágrimas de desesperación como si en mis ojos desembocaran ríos.

Mis padres desesperados gritaban una y otra vez pidiendo ayuda. Entonces todo se me fue volviendo de color negro.

Cuando recobré el conocimiento abrí los ojos como platos pues vi que me encontraba en un hospital. Aunque con la claridad que había distinguí una figura parecida a la de un hombre.

Al acostumbrarme a la luz supe quién era... ¡era mi abuelo! Le pregunté porque estaba en un hospital y me dijo:

“Cuando perdiste el conocimiento pasaba un coche de policía mirando si había algún herido. El policía al veros os dejó entrar y llamó al hospital porque tus padres tenían algún que otro arañazo”.

Después le pregunté cuanto tiempo estuve en coma y me

dijo tres días ¡¡¡PERO QUÉ!!! ¡¡¡TRES DÍAS!!! (le dije intentando no parecer asustada aunque se notara igual).

Con el permiso del médico y con la ayuda de mi abuelo fui hacia la habitación de mis padres.

Tenían unos rasguños y tiritas pero parecían un poco recuperados y descansaban tranquilamente en unas camillas cuando, de repente, mi madre abrió los ojos. También mi abuelo se puso contento y los dos abrazamos a mi madre.

Entonces miré hacia mi padre, me senté a su lado y le di un fuerte abrazo y aunque estuviera durmiendo, sentía como si él también estuviera emocionado de volver a verme.

Cuatro días después le dieron el alta a mi madre. En realidad hace dos días que me lo dieron a mí y me quedé en casa de los abuelos. Al ver a mi madre andando ella sola me puse muy contenta y le di un abrazo enorme.

Entonces pregunté a mi madre como estaba mi padre. Me dijo que se encontraba mejor pero que aún no había despertado de aquel profundo sueño. De repente un triste pensamiento pasó por mi mente. Moví la cabeza como si espantara mosquitos.

Tras una semana, casi me caigo de espaldas: ¡mi padre ya empezaba a hablar!.

Nada más verle le di un fuerte abrazo y empezó a hablarme. Me preguntó si era Luna. Al decirle que si una sonrisa se le estampó en su cara. Estaba emocionado, de sus ojos brotaron lágrimas, lágrimas de alegría. Y con un gran esfuerzo consiguió abrir los ojos.

Es por eso por lo que las guerras no van a ninguna parte, solo traen tristes desgracias.

Ya han pasado tres años pero recuerdo ese mal momento como si fuera hace muy poco. Después de ese accidente no ha pasado nada tan triste como aquello.

Mis padres vuelven a estar bien gracias a Dios. Aunque ahora estén bien sigo teniendo miedo de que pase otra vez.

Intenté preguntar a mis padres y abuelos si podíamos ir a otro país donde seríamos más felices y en el que tengamos más posibilidades de vivir mejor que en Siria y que tenga menos riesgo de bombardeos.

Al final mi nueva casa será en... ¡Asturias! (España).

Allí no creo que haya tantos bombardeos como aquí, empezaré la próxima semana y supongo que pueda ir al colegio sin pasar miedo.

¡¡¡¡¡QUE GANAS TENGO!!!!!!

Cuando me disponía a salir del colegio le conté a mis padres lo bien que me lo había pasado y a todos los niños que me han acogido y querido como si siempre hubiésemos sido amigos.

Mis padres se alegraron muchísimo de verme feliz ya que nunca había tenido un amigo.

A la hora de cenar vi a mi abuelo y a mi abuela que querían llevarme a una pizzería para que probara una comida llamada pizza que dicen que está muy rica.

Como nunca la había probado pensé que en este país iba a aprender muchas cosas e iba a conocer los muchos secretos que guarda España. Intentaré esforzarme para descubrirlos.

Al día siguiente salió en las noticias que hablaban de que en Siria, habían hecho las paces los dos bandos que hace tres años habían bombardeado mi país. Yo, feliz de oír esa noticia, empecé a dar saltos de alegría.

Una semana después, en mi clase me preguntaron si podía enseñar al resto del grupo cómo es mi país.

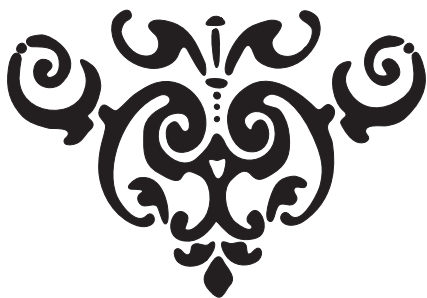
Entonces, mientras iba hacia la tarima pensé acerca de qué podía enseñarles. Entonces pensé en contarles la historia que lees ahora. Cuando acabé de relatarla me fijé en mis compañeros y mis nuevos amigos. Y parecían bastante conmovidos.

Pensé que era porque en este país todos eran muy sensibles

pero luego me dijeron que mi historia era un poco triste y, de repente, todos se levantaron de sus respectivas sillas y fueron corriendo hasta mí para darme un fuerte abrazo y casi me ahogan.

No sabía que los niños y niñas de once años podían llegar a ser tan fuertes como para casi darme un ataque pero sé que todo puede llegar a hacerse realidad, tanto los momentos felices como los tristes pero siempre hay que buscar el lado bueno a todo y ya ocurrirá algo bueno.

Fin, por ahora.



ELSA FERNÁNDEZ DUPUY

EL SECRETO DE MI VECINO

Finalista Categoría 5° - 6° de Primaria
(5° de Primaria)

Seudónimo Mari Trini



Yo me llamo Nicole ; tengo 8 años. Vivo en Florida, EE.UU. Mi barrio es tranquilo, nunca ha pasado nada malo

Hasta que llegó él. Se llama el Sr. Waxman, es calvo, de aproximadamente unos 65 años. Vino ayer, y por los pocos minutos que le he podido ver, ya sé que este señor no es de lo más normal.

Se nota que le gusta la casa, porque ya han pasado cinco camiones de mudanza .Y eso que sólo vive él .

Llevo toda la tarde observando tras la ventana. Esto me empieza a preocupar... ¿Qué secreto esconde mi nuevo vecino?

Cada 2 minutos, miro y miro fijamente.

Mi curiosidad aumenta cada vez más: ¡Necesito saberlo!.

Después de cenar, me pregunté pensativa : ¿Cuál será su secreto?

Quizá tenga un restaurante privado ... , guarde 3.000 perros en el sótano... ,o peor, puede que sea un criminal que guarde los esqueletos de sus víctimas en el desván! .

Hoy estaba cansada, ayer pensando en tantas cosas fui incapaz de pegar ojo .Entonces una idea me vino a la cabeza, podía pedirle permiso a mi madre para invitar al Sr.

Waxman a casa para conocerle mejor.

Pero nada más teclear su número en el teléfono, el Sr. Waxman nos invita amablemente a ir a su casa a tomar el té. Era la ocasión perfecta para investigar más a fondo.

Después de comer, sobre las 16:00 y las 17:00 nos dirigimos hacia la casa del Sr. Waxman .

Yo cogí mi vieja mochila de preescolar y ahí dentro metí mi lupa, mis prismáticos, mi linterna y mi peluche (para que no sospecharan) .

Llegué al otro lado de la acera, justo enfrente de la casa del Sr. Waxman .

Piqué al timbre, el sonido de la puerta retumbaba en todo el barrio .

Entonces, una sombra oscura nos cubría a mi madre y a mí. Era él.

-“¡Sr. Waxman! Cuánta alegría de conocerle”.- exclamó mi madre.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, pero tenía que ser fuerte y seguir con la investigación .

Al entrar en su lujosa mansión, me he dado cuenta de que unas viejas esculturas de gárgolas cubrían gran parte de la entrada.

Cuando llegamos al comedor, tras pasar por el vestíbulo, el Sr. Waxman nos sirvió un té y se dirigió a la cocina .Aproveché para escaquearme e ir al cuarto de baño, aunque en realidad me dirigí escaleras arriba para intentar encontrar el desván .

Encendí mi linterna e investigué.

Al principio lo único que encontré eran pinturas y telas .

Pero cuando miré hacia la derecha.... , ¡Ah! – Grité asustada, era nada más y nada menos que un esqueleto y cuchillos.

El grito se oyó por toda la casa por lo que el Sr Waxman, subió corriendo hacia el desván.

Cuando me encontró allí tirada me preguntó :

-¿Qué haces aquí.....? – dijo pensativo.

-Eh..... . ¡Sé lo que esconde y pienso llamar a la policía!

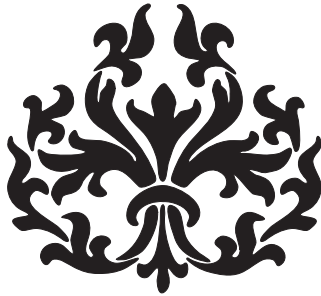
– dije con seguridad.

- Yo sólo – dijo atemorizado-.

- ¡Es un criminal! – exclamé-.

- ¡No!. Yo sólo vendo disfraces y artículos de fiesta. – dijo el Sr. Waxman .

Tras aquella revelación mi corazón dejó de palpar a mil por hora. Y, por lo menos, ya podía dormir en paz y tranquilidad, sabiendo el secreto de mi vecino.





MARCO MACÍA BRAVO

NO SÉ DE QUÉ ESCRIBIR ESTE RELATO

Ganador Categoría 1º y 2º E.S.O.

(1º de E.S.O.)

Seudónimo Paco Pico



No sé de qué escribir este relato. Las ideas no me salen desde que tras llegar del viaje me encontré de nuevo con la realidad de cada día. Las repeticiones de levantarme, vestirme, desayuno, colegio, deporte y cama... están acabando con mi imaginación. Pensaba que tras haber conocido aquellas gentes tan fantásticas podría cambiar mi vida y que, al volver, aplicaría la forma de vida tan divertida que había descubierto para dar emoción a la mía.

El viaje empezó cuando por sorpresa encontré un décimo en la calle. Los cinco números que aparecían impresos y el buen estado del papel me animaron para acercarme y comprobar en la administración si tenía algún premio.

Aún era válido, no había caducado y el sorteo se había celebrado hacía sólo unos días. Con un poco de vergüenza por si estaba haciendo algo malo, me acerqué a la ventanilla de cristal y con timidez y en voz baja susurré: “¿Podría decirme si tiene premio?”.

La mujer, mirando a través de unas gafas de cristal tan gordo como la ventanilla, me gritó: “¿Qué dices?”.

No tuve mucho tiempo para reaccionar porque había ido llegando gente y se formó por arte de magia una cola detrás de mí. Poniéndome de puntillas volví a meter el décimo por el tobogán y dije más alto: “Que si me mira, por favor, si

está premiado”.

Sinceramente temía que aquella mujer tocara el botón de emergencia y comenzaran a sonar las alarmas de la administración al confundirme con un falsificador.

No es nada habitual que los niños se acerquen con décimos encontrados en la calle a comprobar si tienen premio. Pero, por otro lado, sólo había dos posibilidades: que dijeran que era un pesado y que aquel décimo no tenía premio y que aquella señora tenía mucho que hacer, o bien que el décimo tuviera un premio.

La señora cogió el décimo y empuñando una pistola -que en realidad era un lector de código de barras- enchufó contra el décimo y esperó unos segundos por el resultado en la pantalla.

“Premio: 2,5 euros” pude leer al mirar de reojo. La mujer abrió un cajón, y sin alegría, sacó unas monedas que dejó caer ruidosamente. En un abrir y cerrar de ojos cogí las monedas y mirando al suelo salí corriendo del local.

Dos euros y medio, pensaba, mientras apretaba en mi bolsillo las monedas. Un pincho y refresco. Una bolsa grande de patatas fritas. Dos kilos de fréjoles... no, eso no. Un helado. O mejor: una entrada para el cine. Mientras me decidía me senté en un banco.

A mi lado sentí que se sentaba otra persona. Era un joven despeinado, con ropas andrajosas y un poco de mal olor. Calzaba unas sandalias viejas que debían apretarle bastante, porque parecían muy pequeñas para sus enormes pies.

Nos miramos y apreté de nuevo mis monedas en el bolsillo. Las saqué y abriendo la mano pensé: “Estas monedas las necesita él más que yo” así que se las entregué a pesar de que no las había pedido.

El joven, sonriendo, cogió las monedas y me preguntó: “Gracias muchacho, ¿no me reconoces con este vestido, verdad?”. Yo humildemente le dije: “La verdad es que no y

creo que necesitas este dinero más que yo”.

La forma de hablar tan educada y su mirada amable me hicieron pensar que aquel chico no era un pobre cualquiera, sino más bien, alguien diferente con unas ropas raras y poca ducha.

Me atreví a preguntarle su nombre, y me dijo que se llamaba Sergio y que su apellido era Rodríguez. Luego le pregunté sobre su profesión, es decir, a qué dedicaba su tiempo. Me respondió, con la voz muy bajita, que era jugador de baloncesto.

Al oír su respuesta se me heló la sangre y quedé paralizado: un jugador de baloncesto de nombre Sergio y de apellido Rodríguez... mi mente intentó recordar los nombres de los jugadores de la liga de baloncesto... y me vino a la memoria la identificación de aquel jugador: era Sergio Rodríguez, “El Chacho” quien durante los pasados años jugó en el Real Madrid y ahora estaba en la NBA, en Philadelphia.

Pero nada me coincidía y nada tenía sentido: ¿cómo era posible que un famoso jugador de baloncesto se sentara a mi lado en un banco con ropas viejas y un poco de mal olor? ¿esto es una broma? ¿dónde está la cámara oculta?

Cuando me vio tan pensativo, y como si leyese en el interior de mi cerebro, me explicó que iba tan mal vestido porque había llegado de viaje desde EEUU la noche anterior y las llaves de su vivienda además de su equipaje habían sido enviadas, por error, a Australia. Así que se encontraba en la calle, sin dinero, sin llaves, sin ropa y con aquellas pequeñas sandalias viejas que tanto le apretaban.

Siguió contándome que le había emocionado mi gesto generoso de ofrecerle las monedas y que se sentía en la obligación de agradecerme.

Con las monedas se acercó a la única cabina de teléfono que había en la calle y avisó a sus amigos. En unos minutos una furgoneta de la selección española de baloncesto se acercó a

recogerle. Unos segundos después me vi subido en aquel furgón rodeado de todos los jugadores de la selección: enormes castillos de manos casi tan grandes como mis brazos y con un enorme sentido del humor.

Sergio, que ya era mi amigo totalmente, explicó a sus compañeros mi ofrecimiento y mientras todos aplaudían anunció que me invitaban a ir con ellos al mundial en Lituania. Sobra decir que para mí, que soy seguidor del baloncesto, aquel regalo me entusiasmaba una barbaridad.

Volé con todos ellos a la capital, Vilna, y pude asistir a todos los partidos desde un lugar privilegiado: desde el mismo banquillo. Muchos jugadores de otros equipos pensaban que era la mascota o algún amuleto para que la selección ganara partidos... pero en realidad, sólo era una persona afortunada.

Cuando finalizó el campeonato se celebró una fiesta para todos los equipos y –yo todavía no me lo creo- estuve rodeado de los mejores jugadores del mundo y charlando amigablemente con ellos. La verdad es que, todavía hoy, no sé cómo agradecer a Sergio Rodríguez su invitación.

Al regresar a casa pasé varios días pellizcándome para comprobar si había sido un sueño o si por el contrario había disfrutado aquella inolvidable experiencia.

Con muchas más ganas que antes, entrené y entrené para intentar llegar a jugar algún día en algún equipo importante. No olvido mis estudios y repito entrenamientos para mejorar tanto la técnica como mi forma física.

Ah, y por cierto, siempre voy mirando al suelo y revisando los rincones por si encuentro algún otro décimo; aunque no esté premiado quizá contenga un premio mayor que el dinero.

MARTA PASTOR ARRANZ

CARTA SIN DUEÑA

Finalista Categoría 1º y 2º E.S.O.

(1º de E.S.O.)

Seudónimo Zapardorado



Hola. No sé realmente quién eres, cómo eres, lo que te gusta o no, lo que sueles hacer. No sé nada de ti. Solo sé que, si estás leyendo esto, estás pasando por algo difícil, incluso doloroso. Te duele, ¿verdad? Puedo verlo, puedo sentirlo. No llores, por favor. Todo pasa. Todo llega. Todo se arregla. Lo sé. Tal vez no lo creas, pero todos hemos vivido algo así. Incluso yo, ¿no me crees? ¿Por qué piensas que te escribo esta carta? No lo sabes, no te acuerdas, ha caído en el olvido, no debería, pero ha caído. Quizás, cuando acabe la carta te acuerdes de... y de... incluso de...

No te muerdas el labio, sé que lo haces cuando estás nerviosa, tienes miedo, cuando mientes...

¿Por qué no te das un consejo a ti misma? Ah, ya veo, tú eres de las de “consejos vendo y para mí no tengo”. Sé que en estos momentos no paras de decir: “Querer decir tanto y saber que es mejor no decir nada”.

¿Sabes? Nadie se merece tus lágrimas, y quien se las merezca no te hará llorar.

Eso es lo que quiero ver en tu cara, esa sonrisa, porque una sonrisa es la curva que lo endereza todo.

Te llamaba “mi vida” y luego descubriste que él tenía más vidas que un gato ¿verdad? ¿Me confundo? Millones de sonrisas y la de él te tuvo que enamorar... ¿No había más estrellas en el cielo? ¿No había ninguna que no fuese fugaz?

Tranquila, yo también soy de las que digo: “Cómo quieres que no vuelva al pasado, si cuando te veo soy incapaz de mirar a otro lado”. Pero es lo que hay, hoy en día la gente sabe el precio de todo pero no conoce el valor de nada.

Quizás la historia no es como te la contaron. Quizás él no quiso hacerte daño. Piénsalo. Llámale. Si no lo haces quizás te arrepientas el resto de tu vida. Habla con él hoy. Mañana puede que sea muy tarde, muy tarde para pedir disculpas, muy tarde para intentar, muy tarde para creer.

Mira el móvil, te están llamando, es él, lo sé, puedo verlo. Cógelo, a mí no me importa. Lo prefiero, quiero que empecéis de nuevo, porque cuando erais más pequeños, la vida era más bonita si le mirabas de reojo y le pillabas mirando.

¿Por qué ya no? Sus ojos son los más bonitos y su sonrisa es de infarto. Venga habla con él, se lo merece. Por todas las veces que te ha tenido que aguantar cabreada, porque cualquiera se atreve a acercarse a ti cuando estás enojada... Ahora me dirás que no te quiere. Bien, le has cogido el teléfono, ¿estás temblando? ¿Por qué tiemblas? Eh, eh, no llores, mantente con la cabeza bien alta. Te empeñas en negar lo evidente, en echar de menos lo que no vuelve. ¿Crees que soy tonta? Te conozco mejor que nadie.

Esto empieza a ser aburrido. Pon algo de música. Pon esa canción. La de “cuento de hadas”. Todos tenemos una canción que nos hace llorar, sonreír y recordar.

Nunca lograrás sonreír si él no está aquí. Que lo sepas. No lo olvides. Sé que más que pasar página, quieres darle con el libro en la cara. Pero no lo hagas. Porque te ha dado algo que jamás recuperará, su tiempo.

Quizás hoy no quieras saber nada de él, pero mañana querrás decirle tanto... Sin embargo, las palabras significan muy poco cuando es tarde.

Si es que él es el secreto que guardabas desde la escuela, el deseo que pedias siempre al soplar una vela. ¿Y le vas a

dejar ir? ¿Así? ¿Sin más? Ya veo lo que le querías... Hay personas que dicen quererte, pero hacen de todo para perderte. Me da que tú eres de esas. Me has decepcionado. Si por mí fuera dejaría de escribirte, pero no puedo. Si tú pierdes, yo pierdo.

Cuando lees "te quiero", ¿en quién piensas? En él. A mí no me engañas. Aún le quieres. Para conocer a alguien, primero tienes que dar cien largos paseos, y hablar mil largas horas. ¿Qué me dices? ¿No has pensado en él? No me mientas. Que no nació ayer.

No hagas con él lo que hace un niño con su globo, que al tenerlo lo ignora y al perderlo, llora.

Hablan de empezar de cero como si solo fuese cuestión de números. Porque jamás podrás mirarlo y no sentir nada.

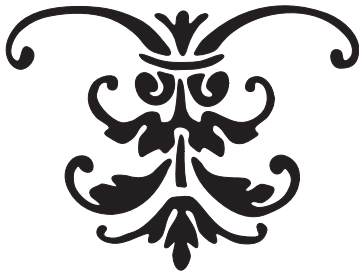
No sufras más. Y no intentes adivinar quién soy, al final de la carta tal vez te lo diga. No saltes páginas, por favor. Ten paciencia por una vez en tu vida.

Sé que ya no aguantas más. Te diré el porqué de esta carta: Sabía que algún día pasarías por esto. No quería que, si no te acordabas de mí, no pudieras arreglar este problema. No sé si ya sabes quién soy, o mejor dicho, quién eras. Soy tú, soy esa niña pequeña, esa que no paraba de sonreír. Oye, ya te había dicho que te conozco mejor que nadie, y el que avisa no es traidor. Estoy orgullosa de ti. Sigue así. Eres todo lo que quiero ser. Enhorabuena. Y ahora, perdónale y no le dejes ir. Confía en él tanto como yo confío en los dos. Eres genial. Él es genial. Los dos sois geniales.

Por favor, confía en mí.

Un fuerte besazo

TÚ



ITZIAR TUÑÓN ÁLVAREZ

EL BAÚL DE MARY

Finalista Categoría 3º y 4º E.S.O.
(3º de E.S.O.)

Seudónimo Sheeran



Mary era una chica normal hasta que un día... abrió su baúl. El baúl estaba ahí desde que ella era pequeña, pero nunca había pensado en abrirlo; nunca se había sentido movida a abrirlo más bien.

Mary y su baúl vivían en un pequeño barrio residencial al oeste de Breddinburg, en una de esas regiones de Dinamarca tan pequeñas que ni siquiera salían en los informativos provinciales. Era un sitio muy tranquilo para vivir, y por eso mismo Mary, de espíritu calmado y apacible, era muy feliz viviendo en esa ciudad. Era una persona muy amable, con un carácter tan suave que era casi imperceptible. Sus padres eran los dueños de un pequeño local de ultramarinos bastante frecuentado en Breddinburg. El pequeño local estaba situado debajo de la casa, y era la perdición de Mary pasar las tardes de domingo revisando el inventario con su padre, William. Ella vivía feliz: era brillante en sus estudios de 4º de Secundaria, y tenía un mismo grupo de amigos desde que entró en el instituto, que estaba situado a unos doscientos metros de la ciudad. Ella nunca se atrevía a decir que su vida era perfecta pero, en realidad, prácticamente lo era. Lo que ocurrió fue que, hasta el momento en el que su vida empeoró, no se dio cuenta de lo bien que había estado hasta entonces.

Amanecía una mañana nubosa en Breddinburg, con algu-

nos claros, lo cual era extraño en los días daneses de febrero. El despertador sonó, y el locutor de la emisora local recordó a Mary que eran las 7 de la mañana. Otro día comenzaba en el pequeño municipio: pudo oír desde su habitación al panadero traerles a sus padres el pedido de pan para esa jornada en el local. Debía levantarse, de lo contrario llegaría tarde al instituto.

Veinte minutos más tarde, Mary ya estaba vestida y había desayunado; justo cuando su amigo Edward la llamó desde el umbral de la puerta. Quedaban unos diez minutos hasta el comienzo de las clases, y una vez que llegara al instituto con Edward se reuniría con el resto del grupo. Pero algo extraño ocurrió esa mañana, algo que hizo que fuera la primera de muchas mañanas que no iría al colegio.

-Tu padre y yo nos vamos a divorciar- se limitó a decir Anne Paython, la madre de Mary.

-Esta situación se ha vuelto incontrolable y créeme cielo, lo hemos intentado arreglar durante los últimos meses, pero a partir de la semana que viene tu padre se mudará al otro lado del país, y tú y yo nos quedaremos aquí-.

Mary no podía creer ni una palabra de lo que estaba oyendo.

-Pero... ¿por qué?-.

Fue lo único que pudo articular en los siguientes 30 segundos.

No podía ser. No podía estar ocurriendo. Su mundo se caía a trozos, y ella no podía hacer nada por arreglarlo. Mary sentía como su cabeza daba vueltas, intentando encajarlo todo para sentirse mejor. Pero era imposible encontrarse mejor, su padre se marcharía, ella se quedaría con su madre en Breddinburg; y Edward seguía en la puerta, esperando por ella.

Edward, en ese momento, era lo único que no había cambiado en los últimos cinco minutos. Él continuaba su espe-

ra en el exterior de la casa, ajeno a lo que ocurría dentro. Mary cogió su mochila y se dirigió hacia la salida para encontrarse con su amigo, pero al pasar por el espejo en su dormitorio se dio cuenta: no era ella. Su cara era una sombra de lo que solía ser, con los párpados sonrojados por las lágrimas que habían caído de sus ojos y la piel pálida, fruto de la impactante noticia.

No podía ir así al instituto. Ni siquiera podía salir de su habitación con ese gesto en su cara. Le envió un mensaje al joven que llevaba esperando por ella más de diez minutos, diciéndole que se encontraba mareada esa mañana, y que no iría a clase.

En realidad, Mary no mentía, porque su cabeza daba vueltas intentando procesar lo ocurrido. Decidió tumbarse en su cama para aliviar el dolor que recorría su frente. Empezó a reflexionar sobre lo acontecido y se dio cuenta de lo mucho que le estaba afectando todo esto. Esto no podía continuar así, de lo contrario se volvería loca pensando en cómo han llegado sus padres a este punto sin que ella se diera cuenta. Se quedó dormida un poco más relajada y, mientras descansaba plácidamente, su baúl se abrió con sigilo, procurando no ser percibido por Mary; pero en unos instantes Mary se reafirmaría en su teoría de que todo ha cambiado. Se despertó sin su rutinaria alegría matutina. La ilusión por comenzar un nuevo día que recorría su cuerpo cada vez que se despertaba había sido cambiada por el sentimiento de tristeza y angustia por ver amanecer un día más. Se sentía muy mal, y no sabía por qué.

Se levantó cuidadosamente de la cama, intentando no hacer ruido, lo cual perjudicaría mucho su dolor de cabeza. Se miró en el espejo, y había recuperado su aspecto normal con sus ojos marrones de nuevo secos. Pero ella no se veía a sí misma bien. No sabía que había ocurrido durante ese pequeño sueño, pero Mary solamente veía imperfecciones a

lo largo de su cuerpo. Trató de restarle importancia atribuyendo esta mala visión de su propio cuerpo a la su repentino mal humor causado por los últimos acontecimientos, y bajó a la cocina.

La cocina de la hasta ahora familia Paython estaba formada por un mueble alargado con los electrodomésticos y una mesa en una esquina con tres sillas de madera. Una de las sillas estaba ocupada por William Paython y la otra estaba ocupada por la madre de Mary, Anne, que en unos días dejaría el apellido Paython volviendo a su apellido de soltera, Shelton.

Mary ocupó la silla restante, situada frente a sus padres, y comenzó a hablar.

-Así que te vas la semana que viene, ¿no?- le dijo a su padre-.

-Pues sí Mary- respondió su él-.

Tras su respuesta, toda la estancia se quedó en silencio; pero no era un silencio incómodo, al contrario, era un silencio que los tres miembros de la familia Paython estaban disfrutando, porque sabían que si empezaban a decirse todo lo que estaban pensando los unos a los otros la mañana no terminaría bien para nadie en la casa.

Su madre se levantó para comenzar a hacer la comida y su padre bajó al local para atender a los clientes matutinos, mientras que Mary volvió al pasillo en dirección a su cuarto. Cuando su zapato ya estaba a punto de rozar el primer escalón, algo la detuvo. Un miedo feroz. Algo le aterraba. ¿Qué estaba pasando con ella? ¿Cómo había llegado a este momento, en el que todo le daba miedo? ¿Desde cuándo tenía ella miedo? Eso no era propio de Mary Paython.

Mientras todas las preguntas sin respuesta bombardeaban su cabeza, notó algo dentro de su conciencia que se manifestaba súbitamente. Era su baúl. Era el baúl en el que desde pequeña había ido almacenando sus miedos, imper-

fecciones y disgustos, que en esos momentos se vieron tapados por la felicidad en la que vivía, y fueron almacenándose.

Mary nunca había sentido pena en sus 16 años de vida, y no sabía lo que era tener un mal día. Toda su vida había estado impoluta de cualquier tipo de disgusto, y por eso su baúl se hizo más y más grande con el paso de los años, y en esa mañana que parecía ser perfecta, al abrirse su baúl se sintió como si los reproches y malestares de cada ciudadano danés le estuvieran cayendo encima. Ahora todas las preguntas sin respuesta se habían esfumado de su mente, para dar paso a una mucho más importante: ahora que había abierto el baúl, ¿cómo conseguiría cerrarlo?

Habían pasado unos días en los que Mary Paython estuvo totalmente desaparecida para cualquiera que no fueran sus padres, porque estuvo encerrada en casa, por miedo a que alguien en la calle la viera sin el semblante feliz que acostumbra a tener.

Marzo ya aparecía sigilosamente entre los cielos nublados de aquel febrero para olvidar, y Mary había hablado con sus amigos para quedar esa tarde en una cafetería frecuentada por los vecinos de Breddinburg.

Se vistió con un conjunto básico, porque tras tantos días sin salir de casa no tenía demasiadas ganas de arreglarse.

Llegó a la cafetería y todos sus amigos estaban ya esperando por ella. Al ver a Mary tan delgada y desaliñada se preocuparon mucho por ella; sobre todo Edward, que desde aquella mañana en la que Mary se encontraba mareada no había vuelto a saber nada de ella.

Su amiga Claire fue la primera en hablar:

-Sabes que nos puedes contar todo lo que te haya pasado, ¿verdad? -dijo dedicándole a Mary una dulce y escueta sonrisa.

-Lo sé- dijo finalmente Mary- y por eso os lo voy a contar.

Mary les contó todo lo ocurrido a sus amigos, desde el anuncio de divorcio de sus padres hasta las crisis de identidad provocadas por su baúl. Los cuatro miembros del grupo se quedaron desolados con la noticia de la separación de los señores Paython, pues ellos siempre les habían tratado muy bien y parecían muy unidos. Al acabar la historia, todos se acercaron a Mary y la abrazaron, diciéndole que tenían que habérselo contado todo mucho antes y que estaban ahí para todo lo que necesitara.

Tras esto, pidieron unos cafés y Mary se puso al día de todas las noticias del instituto y de sus amigos, mientras ellos le contaban las anécdotas de la manera más amena posible para intentar sacarle una sonrisa a su apagada amiga.

En un momento de la conversación Paul, el mejor amigo de Mary, pronunció la pregunta que todos se estaban haciendo:

-¿Qué has hecho ahora con el baúl?-

Y Mary se dio cuenta de que lo único que necesitaba para ser feliz y cerrar su baúl era tener cerca a los que más la cuidaban, que después de todo, eran sus amigos.

William Paython se marchó a una pequeña aldea al día siguiente, y Mary Paython-Shelton volvió a ser una chica normal gracias a sus amigos, a quienes les debía todo el apoyo en los días pasados.



ZENAHIR ROMERO ROMERO

EL DÍA EN QUE MI VIDA CAMBIÓ

Finalista Categoría 3° y 4° E.S.O.

(4° de E.S.O.)

Seudónimo Steeff09



Corría el año 90 y el invierno se acercaba; era un invierno triste y melancólico que se me incrustaba en los huesos.

Mi padre sufría una enfermedad mortal. Los médicos del pueblo habían intentado todo pero ninguno nos había dado ni una pizca de esperanza. Tendríamos que tener mucha fuerza para soportar la ausencia de mi padre Edward.

Me preguntaba ¿cómo sería la vida en el campo sin mi padre?

Ese era mi pensamiento durante varias semanas, incluso por meses, y a decir verdad, esta nueva vida que nos esperaba, casi imposible de imaginar. No iba a ser nada fácil para mi madre, mis hermanos y para mí.

Él siempre fue un hombre muy callado, de piel blanca y ojos verdes, como casi todos nosotros.

Era un hombre encerrado en sí mismo; como si escondiera dentro de sí un gran secreto que nunca pudo compartir con nosotros, y eso hacía que cierta curiosidad se despertara en mí: quería conocer realmente a mi padre...

Vivíamos en un campo y la vida era agradable ¡muy agradable! me encantaba cuando llegaba la primavera con su gran resplandor, y las flores inundaban mi casa con su dulce olor... ¡Qué satisfacción más grande sentía, era maravilloso!

Al llegar el verano, me fundía aún más en el placer; poder correr por el césped con mis pies descalzos y poder mirar el gran brillo que desprendía el sol, era algo alucinante. No había algo en ese momento que me hiciera sentir más feliz..., hasta que llegó ese día en el que mi vida cambió; mi vida dio un giro que nunca antes hubiera podido imaginar, y cambió gracias a esa persona por la que siempre tuve curiosidad, mi padre.

Ya os contaré cómo fue el día que cambió mi vida.

Era un día normal y como ya os dije, estábamos en invierno. Como siempre, me levantaba a las 6 de la mañana para hacer los deberes del hogar y ayudar a mi padre, que ya no podía trabajar en el campo.

Éramos cinco hijos, y cada uno tenía una tarea asignada, obviamente, la mía era la más fuerte por ser el mayor de los cinco.

Todos se despertaban, aún más temprano que yo, porque tenían que ir al colegio; la vida en el campo empezaba muy temprano para todos nosotros, excepto, para mi hermano Jack, el más pequeño de la casa, solo contaba con cuatro años de edad.

En el pueblo había una norma: los niños podían empezar a estudiar a partir de los cinco años. Pero a pesar de eso, el pequeño Jack hacía sus deberes en casa y nos ayudaba siempre.

En realidad, era muy travieso, ¡Adoraba a ese niño! Mi madre nos preparaba el desayuno, ¡Un desayuno delicioso! Y siempre nos sentábamos en la mesa, todos juntos, a esperar que saliera el sol, y pudiéramos hacer, cada uno, las cosas que nos esperaban para ese día.

Mi padre siempre se sentaba con nosotros. Hacía un gran esfuerzo por levantarse de la cama, ya su enfermedad le estaba impidiendo hacer las cosas que más le gustaban: desayunar con nosotros, sus hijos y la mujer que tanto

amaba, y que admiró por muchos años: mi madre.

Mientras comíamos, esa mañana, me dio por coger un boli y una servilleta, a pesar de que era invierno y todo estaba oscuro, empecé a dibujar un cielo claro y un sol radiante que alumbraba una pequeña casita; esa pequeña casita que había dibujado, reflejaba nuestro hogar. Cada uno estaba concentrado en su comida, pero yo no podía dejar de pensar en esa pequeña casita y ese cielo claro que había dibujado en una servilleta, tan solo con un boli.

Me encantaba dibujar, siempre había tenido mucho talento, era mi mayor pasión, y desde que tenía uso de razón, eso era lo que mejor hacía. Mi habitación estaba repleta de cuadros que yo mismo había dibujado, me inspiraba en los paisajes que se podían reflejar en el campo; en invierno, primavera, verano y otoño, pero mis cuadros preferidos eran los de primavera.

Al terminar el desayuno mis hermanos se fueron, y yo quedé sentado en la mesa con mis padres y con el pequeño Jack que jugueteaba con un tenedor. No me había dado cuenta, siquiera, que no había tocado ni el plato, cuando mi madre con su dulce voz me dijo:

-Max, no has tocado tu plato, hijo. ¿Te pasa algo?-.
- No mamá, estoy bien. Ya voy a comer-.

En realidad, no tenía muchas ganas de comer, estaba concentrado en ese dibujo que había hecho en la servilleta.

Pero, ¿qué podía tener ese dibujo para que yo estuviera tan concentrado en él?

Quizás era que había dibujado un cielo claro y hermoso en medio de un cielo oscuro, no era algo propio de mí, siempre dibujaba lo que veía, era algo casi imposible de descubrir. Seguí pensando en aquel dibujo, hasta que una voz me volvió a despertar de mi imaginación, y me dijo:

-Se te va a enfriar la comida, Max-.

Era la voz de mi madre que en ese momento habló con cier-

to enfado.

-Has estado toda la mañana mirando esa servilleta, ¡déjame ver que tiene!-

Me negué a darle la servilleta, pero ¿qué podía hacer?

Era mi madre, me la podía quitar en cualquier momento, y no tuve más remedio que dársela.

Al ver esa pequeña servilleta soltó un suspiro, como casi siempre lo hacía cuando veía cada uno de los dibujos que yo pintaba, y en ese momento me dijo:

-Tienes mucho talento Max, pero no puedes seguir perdiendo tu tiempo en estos dibujos, que no te van a llevar a ningún lado, tu vida está aquí, en el campo, y haciendo esto, no ganarás nada. Comete la comida por favor, que se te va a enfriar-

Sentí como algo dentro de mí se estremecía, pero al mismo tiempo, escuchar esas palabras, me hacía sentir más fuerte. Me resignaba a quedarme en el campo, quería algo más, quería algo que cambiara mi vida; algo que me hiciera dar un giro.

Es verdad que la vida en el campo es muy linda, con esos dulces olores y un sinfín de cosas que se pueden apreciar, pero eso no era suficiente para mí, quería algo más.

Cuando mi madre dejó de decir todas esas palabras que me animaron a seguir luchando por mi sueño, le sonreí como si eso no hubiera causado ningún efecto en mí, pero en realidad causaron mucho efecto. No era primera vez que mi madre me decía esas cosas y, como siempre, mi padre solo escuchaba y no decía nada, sin embargo, al mirarme me sonreía, y sus ojos transmitían cierta tristeza; siempre pensé que no le importaba...

Pedí permiso para levantarme de la mesa, y hacer las cosas que me tocaba hacer en el campo, las horas pasaron y no me había dado cuenta, pasaron volando, y al ver que mis hermanos habían llegado del colegio, me impresioné

mucho...

Mamá ya tenía la comida preparada, pero no me apeteció comer en la mesa con todos; cogí el plato y me fui hasta donde estaba mi árbol preferido, solía sentarme ahí todos los días, me abrigue lo más que pude, pero aun así tenía frío, y mi comida se enfrió más rápido de lo normal. Comí lo más rápido que pude para que no se hiciera un hielo, pero ya era tarde, era hielo lo que comía.

Al acabar, me quede mirando el paisaje, y recordé las palabras de mi madre, sin darme cuenta caí en un sueño profundo. Habían pasado las horas y unos gritos me despertaron de mi profundo sueño, eran los gritos de mi madre que nos llamaba a todos; lloraba con mucha tristeza, sabía lo que había pasado..., era mi padre.

Trate de levantarme lo más rápido que pude, pero mis piernas temblaban; estaban heladas, tenía mucha debilidad. Me entró un cierto mareo, y por unos segundos, pensé que me iba a desmayar, hasta que recuperé la compostura y corrí, corrí lo más rápido que pude.

Mis pensamientos no me fallaron, al entrar en mi casa, vi como mi padre estaba tendido en el suelo, y como mi madre y mis hermanos lloraban sobre él, las lágrimas corrieron por mis mejillas sin darme cuenta, pero trate de ser fuerte, en ese momento, y espere a que mi madre y mis hermanos se despidieran de mi padre, y luego tocó mi turno.

Le miré como si hubiera perdido una parte de mí, y no tardé ni dos minutos en despedirme, ya no podía verle más. El entierro de mi padre no duró mucho. Todos nuestros amigos del pueblo habían ido. Por un momento sentí que no estábamos tan solos, como siempre había imaginado...

Llegué lo más rápido que pude a mi casa, no quería estar más en ese lugar, pensé que estaba solo pero mamá ya estaba allí, me asombró verla, pero lo único que me dijo fue:

-Ha sido un día duro, iré a dormir-.

Mi madre estaba desbastada. Sentí tristeza por ella y por todos nosotros.

Entré en la habitación de mi padre, nadie había entrado ahí desde su muerte, quería arreglarla para no dejarle más trabajo a mi madre, ya la pobre había tenido mucho por hoy. Primero, vestí la cama, luego, fui a su escritorio para arreglarlo, mientras lo hacía cayó un sobre que decía, Max.

Sentí tanta curiosidad por abrir ese sobre que no me di cuenta con la rapidez que lo hacía. Al abrirlo, cayeron muchos billetes, atados con una goma de cabello, mis ojos se pusieron en blanco, y no podía dejar de preguntarme -¿Por qué que mi padre me había dejado tanto dinero?-. Luego recordé que, dentro del sobre había una carta.

La busque lo más rápido que pude, y la leí con rapidez. La carta decía así : “Max, no dejes que nadie te diga que no puedes lograr tus sueños, eres más fuerte de lo que piensas, y yo siempre he creído en ti, quizá te estarás preguntando ¿De dónde sacaría papá este dinero? Pues, te contare... Cuando tenías tres años, dibujaste por primera vez un paisaje y me lo regalaste, ese día me di cuenta de que tenías un talento estupendo y, desde ese día, hice una hucha, en la que siempre metía dinero para que tu sueño se cumpliera. Ahora, ya lo sabes, tienes todas las oportunidades para cumplir tu sueño, y ser el mejor pintor del mundo. No abandones tu sueño, y tampoco te preocupes por mamá, ni por tus hermanos. Con amor, Papá.”

Las lágrimas corrían por mis mejillas. No podía creer lo que estaba pasando ¡mi padre siempre creyó en mí, a pesar de su silencio!

Corrí lo más rápido que pude, mientras lloraba como un niño, mi madre estaba ya despierta y la abracé lo más fuerte que pude.

Para mi gran suerte, ya mi madre sabía lo de la hucha, pero nunca me había dicho nada.

Me abrazó y me dijo: El deseo de tu padre siempre fue que cumplieras tu sueño, ve por ello, no te preocupes por nosotros, ya todo está controlado.

La miré con lágrimas en los ojos y le sonreí, no podía esperar ni un segundo más para decirle: Te quiero.

Ese día me despedí de mis hermanos y de mi madre; me dio dolor dejarlos, pero tenía que cumplir mi sueño, y al ver a todos nuestros amigos que estaban con ellos, me llenó de tranquilidad. Mi madre y mis hermanos no estaban solos, estaban con su familia que eran nuestros amigos del pueblo. Tenía todas las oportunidades en mis manos, y no lo iba a desaprovechar.

Cogí el primer tren que me dejara lo más cerca de Nueva York, porque ese sería el lugar donde se cumpliría mi gran sueño y el deseo de mi padre.

Al principio, fue duro, tuve que adaptarme a la ciudad y convivir con nuevas personas, pero termine siendo uno de los mejores pintores de Estados Unidos y, todo, gracias a mi padre.

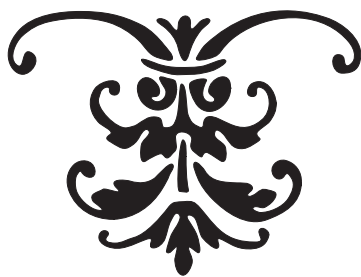
Mis obras gustaron muchísimo, pero la que más gustó, fue la de un paisaje con un cielo claro y un sol radiante que alumbraba una pequeña casita, esa obra la llamé: “El día en que mi vida cambió”.

Han pasado 27 años y mi sueño se cumplió, gracias a ese hombre por el cual siempre tuve curiosidad, mi padre.

Después de graduarme, fui al campo en busca de mi madre y mis hermanos para poder darles una vida mejor.

Papá estaría más que orgulloso de mí. Así fue como ese día, 29 de enero del año 90, mi vida cambió, y empezó mi gran sueño.

No abandones nunca tu sueño



INÉS MARTÍNEZ SALGADO

LO QUE HABITA EN MI

Finalista Categoría Bachillerato
(1º de Bachiller)
Seudónimo Serendipia



Un café con leche se enfriaba entre mis agrietadas manos aquel cinco de marzo. Rodeé aquel día en el calendario, porque a partir de ahí, las manecillas de mi reloj, a las que nunca prestaba atención, irían marcha atrás y yo simplemente le estaría robando minutos a la vida.

No fui consciente del poder que tuvieron sobre mí unas simples palabras que me atacaron por la espalda y que en apenas segundos golpearon con fuerza a todas y cada una de las partes de mi menudo cuerpo, iniciando así, la que intuía, la mayor y exasperante batalla de mi vida en la que estaba obligada a vencer al inesperado e impredecible gigante: al cáncer de mama.

Cuando salí del hospital, tras haber escuchado los tranquilizadores consejos de la doctora encargada de paliar mi angustia inicial, me di cuenta de que solo tenía miedo. Hasta aquel entonces nunca había comprendido con exactitud el significado del miedo, porque nunca antes lo había sentido.

Miedo, es saber que algo que desconoces cómo ha crecido en tu interior, acabará contigo sin tan siquiera pedir permiso. Miedo es sentir que estás viva y mueres al mismo tiempo.

Aquel cinco de marzo, había pedido el día libre en el traba-

jo, ese que me enorgullecía ejercer. Pero de todos modos, tampoco estaba segura de si volvería a vivir entre juicios y sentencias. La doctora se había mostrado un tanto sorprendida ante la ausencia de mi familia. Obviamente no les iba a hacer partícipes de esto. Sin lugar a dudas, mi mayor miedo, el miedo que dominaba todo en aquel momento era perderles a ellos, para siempre.

Al salir del hospital dejé que la ligera brisa marítima me golpeará. Me prometí a mí misma que lucharía, que el cáncer no podría conmigo. Fue el aroma salado de la brisa recorriendo mi rostro, el que poco a poco mitigó las ágiles lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. El frío invernal se apiadaba de las calles, instalándose en el paseo marítimo. Los abrigo y bufandas eran un transeúnte más que hacían casi imperceptibles a la retina los rostros de que aquellos que paseaban junto al mar aquella mañana. Tardé más de dos horas en armarme de valor, sonreír y fingir que todo iba bien. Me escabullí entre la gente a lo largo de todo el paseo entre edificios alineados, acristalados y bañados de una implacable luminosidad hasta llegar a un bloque de apartamentos que gozaba de una extraordinaria vista de la bahía.

Cuando introduje la llave en la cerradura, me percaté de que mi marido ya estaba allí. Me resultó extraño porque nunca comía en casa. Su trabajo eclipsaba la mayor parte de su vida, pero aun así nada le hacía más feliz que la medicina y su deseo de ayudar a los demás. Lo que desconocía era que la mayor batalla médica de su vida, se libraba en nuestra casa, vivía junto a él entre las mismas cuatro paredes y dormía en el mismo colchón. Coloqué las llaves en la cómoda de la entrada y me descalcé. Una de las mejores sensaciones de mi vida era sentir el suave tacto de la tarima bajo las plantas de mis pies.

A medida que recorría el pasillo, un familiar olor a lasaña

se apoderaba de cada pequeño rincón de nuestro piso. En el instante en el que me adentré en la cocina vi, tratando de sacar una fuente del horno y con la cara totalmente manchada de harina a la razón de mi existencia. Contemplé, como quien observa el mundo por primera vez cómo todas y cada una de las partes de su cuerpo se movían de una manera armónica y acompasada como si de la melodía de un piano se tratase. Aquel hombre, alto, moreno, de complexión fuerte, ojos azules, expresión risueña, vestido con vaqueros y camisa verde era el responsable de mi sonrisa y una de las razones por las que rendirse no era una opción en mi particular batalla.

Sorprendido, se acercó a mí, me rodeó entre sus brazos, y acercándose a él me besó. Ese gesto de cariño había conseguido que en mi interior aflorase una fuerza indestructible que ni siquiera el cáncer sería capaz de quebrar. Levemente, inclinó su cabeza sobre mi hombro susurrándome “Feliz aniversario, cariño”.

No podía ser cierto, me había olvidado de todo con aquella visita al hospital. De repente, una pequeña figura de no más de cinco años, con un bonito vestido rosa, brotó entre saltos y gritos de la puerta del comedor. Ella era mi segunda razón para seguir viviendo. No pude evitar que las lágrimas surcasen mi rostro por segunda vez aquel día y es que me sentía incapaz de contarles que había algo que habitaba en mí luchando con todas sus fuerzas por apartarme de ellos. Esa misma noche disfruté, a través de la amplia cristalera de mi dormitorio, de la paz que me dispensaba el mar. Sin apenas darme cuenta había dado los primeros pasos en un complicado camino de espinas. No obstante, estaba dispuesta a luchar contra viento y marea con tal de ver crecer a mi hija, con tal de ver la sonrisa de mi marido y seguir enamorándome de él todos y cada uno de los días de mi vida. Ni tan siquiera percibí que acaba de entrar en la habi-

tación apoyándose junto a mí.

— ¿Recuerdas? Hace ocho años me dijiste que lo único que querías era pasar el resto de tu vida a mi lado—mencionó —Como si fuese ayer—contesté cruzando los brazos tratando de ocultar mi ansiedad.

Le miré como si nunca antes lo hubiese hecho, y sentí que únicamente él era capaz de convertirme en mejor persona y de proporcionarme la fuerza que necesitaba. Porque me había demostrado que el verdadero amor existe y es ese amor el que todo lo vence. Amarle era sentir que mi corazón no latía si el suyo no estaba a mi lado. Y es que sin lugar a dudas, era su amor lo único capaz de sostener mi mundo, de atenuar mi miedo. En ese momento supe que ya no estaba sola y que el cáncer solo era un daño colateral siempre que él estuviese allí, conmigo.

Las páginas del calendario tornaban, sin prisa pero sin pausa. Tardé alrededor de un mes en comenzar con el tratamiento. Jamás fui consciente de que algo podía causar tanto dolor. Sin embargo, no era un dolor físico, punzante, continuo que es posible aminorar con un par de pastillas. Era un dolor que excedía a cualquier otra sensación y por tanto indescriptible. Una sensación con la que tuve que aprender a convivir.

Fue una tarde de mayo cuando vi mi rostro reflejado en el espejo. Unas pronunciadas ojeras descendían por mis mejillas, unas leves arrugas surcaban mi tez y mi cabello se desplomaba con ligereza en un adelantado invierno. Sentí que no era capaz de ocultarlo mucho más tiempo.

— Confía en mí y sea lo que sea lo superaremos juntos. — me susurró mi marido al tiempo que observaba el reflejo de ambos en el espejo.

Mi cuerpo temblaba. Me sentí incapaz de explicárselo, sintiéndome presa de un pánico atroz que anulaba todos y cada uno de mis pensamientos.

—Tengo cáncer—esas dos palabras hicieron que me derrumbase ante él tratando de buscar un punto de apoyo desde el cual empezar a construir mi vida de nuevo.

Me miró sin saber que hacer durante unos segundos que resultaron ser los más largos de mi vida. No tardó en estrecharme entre sus brazos. Sentí como sus lágrimas silenciosas iban golpeando poco a poco mis hombros. Permanecí en silencio porque ninguna palabra lograría frenar aquella inevitable sensación de debilidad.

Hubieron de pasar dos largos años hasta que crucé de nuevo la puerta de la consulta de la doctora, que un cinco de marzo redactó las bases de una larga, aterradora e inevitable guerra entre el cáncer y yo. Durante esos dos años valoré cada pequeño detalle, cada momento y viví cada día sin saber cuándo sería el último. El presente se convirtió en mi único plan. El mañana no importaba, siempre que hubiese disfrutado del hoy. Cuando me senté frente a aquella mujer de rostro sereno y apacible esta vez mi marido estaba conmigo, sosteniendo mi mano con fuerza. Sentí que me encontraba al borde de un precipicio el cual me vería obligada a saltar de un momento a otro. No fue adrenalina lo que recorrió mi cuerpo, tampoco fue miedo pero tal vez fuese la combinación de ambas lo que hizo que me sintiese incapaz de conocer el final de mi historia. La doctora dejó caer el bolígrafo que reposaba entre sus dedos sobre la mesa.

—Me alegra ver que hoy no reciba sola esta noticia. Sabe que siempre he manifestado que existía una elevada posibilidad de superar el cáncer. —Su voz reflejaba inseguridad. — Hoy puedo confirmarle que nuestra lucha ha terminado, porque hemos vencido. Mi más sincera enhorabuena. Sonreí, entendiendo que mi vida no había hecho más que comenzar, abracé a mi marido con fuerza, como si hubieran pasado años desde que la última vez que mi cuerpo se

fundiese junto al suyo. Lloré, liberando todos y cada uno de los miedos que me habían dominado durante dos años. Supe con total certeza, que había salvado el mayor obstáculo de mi vida. Sin embargo, cuando salí de aquella consulta no pude evitar pensar en todos los que allí esperaban su diagnóstico. Mi alegría se contrarrestó con un demoledor sentimiento de pena por todos aquellos valientes luchadores que a pesar de enfrentarse con todas sus fuerzas al cáncer, éste no les había permitido contraatacar. Siempre serían mis particulares héroes, porque por desgracia David no siempre puede vencer a Goliat. Me sentí afortunada porque jamás nada me había enseñado a valorar la vida como ahora lo hacía. Cada minuto era una oportunidad de vivir, cada sonrisa un regalo de valor incalculable y mi familia, ellos habían sido los soldados más valientes e incondicionales de mi historia.



MAR VALLEJO MENÉNDEZ

FLASHBACK

Finalista Categoría Bachillerato
(2° de Bachiller)
Seudónimo Winnie



Me limito a mirar al vacío de un mar que no puede ya absorber mis penas. No puedo decir que el tiempo haya sido cruel: con treinta y dos años, me enorgullezco de haber conseguido una fortuna muy superior a la que nadie cercano a mí pudo haber tenido nunca; la vida en el campo no reporta grandes beneficios, y menos aún en familias con un número de bocas que alimentar tan elevadas como la mía. Curiosamente, yo, el pequeño de cinco hermanos, era el único que había querido mirar más allá de las puertas del diminuto e insignificante Acehuche para terminar en una mansión en la costa de Yucatán, frente a Isla Blanca.

Ironías de la vida, pasar de no ser nadie a dar fiestas pretenciosas para desconocidos con trajes más brillantes que sus miradas, inyectadas en sangre a causa de los muchos vicios que podían permitirse.

Pero más irónica que todos ellos, era mi desdicha: pese a todo, no era feliz; me sentía incompleto. Algo faltaba en este mundo de palacios exóticos y opulentos y lujo desmedido, de sonrisas vacías de blanco marfil.

Me sentía solo. Y esa era la gran verdad que era incapaz de reconocer.

Todo lo que mi alma había deseado siempre, la constante que, desde niño, había previsto, era poder rodearme de per-

sonas que me quisiesen, corazones que hablasen en la misma frecuencia de mis latidos. Así me habían enseñado, y así habían procurado que fuese. Hasta que ese joven de veintiún años ávido de ver mundo decidió poner tierra de por medio, separándose de sus seres queridos para forjarse un futuro brillante.

Y ahora, el futuro ya no brillaba tanto como parecía por entonces. Engañado por el brillo del oro, me había convertido en mi propio Midas, y había perdido la brújula que me señalaba el hogar.

Este era mi estado no sólo aquella tarde, sino todos los días, de forma constante. Llevaba tanto tiempo así que ya casi podía fingir que no importaba, que todo estaba bien. Debo reconocer que el whisky escocés ayudaba, proporcionado por un servicio que esperaba ansioso el día en que la dosis de alcohol superase el límite tolerable. Eran como buitres, sin cerebro ni capacidad de razonamiento alguna, razón por la que ni siquiera se molestaban en ocultar sus intenciones.

En conclusión, mi vida se había convertido en una reclusión voluntaria en una cárcel de dólares, euros y pesos, más cruel que cualquier destino posible en mi tierra.

Al pensar en ella, no puedo evitar que las sensaciones me inunden: el viento sobre el campo, el olor de la corteza de las encinas, el reflejo del sol en el agua de Alcántara...E, inevitablemente, el recuerdo que me atormenta: un rostro dulce y sonriente enmarcado por sedosos cabellos negros y ojos de chocolate. Luz. Fuego. Y luego frío. La culpabilidad, el anhelo.

Y una decisión. Tenía que volver a casa, encontrarla. Encontrarme a mí. Con esta determinación casi febril, hice la maleta y mandé vender la mayoría de mis posesiones: la bodega, la casa, los coches, incluso despedí a mi séquito de buitres a cambio de un sueldo vitalicio mayor del que mere-

cían. Lo único que conservé, fue una parte de mi ropa y un todoterreno, con el que embarqué en Cancún rumbo a Cádiz, donde continué hacia el norte durante toda la madrugada. Eran las doce del mediodía cuando llegué, pero parecía que el sueño no había cruzado medio mundo conmigo.

Apenas hube sobrepasado la señal de entrada, la historia de mi vida pasó ante mis ojos, como si el tiempo no hubiese pasado. Conduje de forma mecánica por la calle principal y giré a la izquierda al pasar la escuela.

Y allí estaba: la pequeña casa se erguía tras un patio, guardado por dos enormes puertas de roble tallado. Fui a picar al portón cuando me di cuenta de que todavía mantenían la costumbre de dejarlo abierto para las visitas. Atravesé apresuradamente el patio y, cuando extendí la mano para llamar, me quedé paralizado. ¿Y si no todo seguía igual? ¿Y si ella ya hubiese olvidado? ¿Y si, viniendo aquí, sólo conseguía estropear una familia? Me sentía un fantasma en frente de la que debería haber sido mi vida, y por un momento, me planteé dar la vuelta y desaparecer de nuevo. Pero justo en ese momento, la puerta se abrió, y me encontré de frente con lo que tanto tiempo eché en falta. Ella.

...

Él. A punto estuvo el bolso de caer al suelo. Lo que tenía frente a mí, era, sin lugar a dudas, una ilusión. Después de tantos años, no esperaba que sus facciones siguiesen siendo familiares y cálidas, si bien noto un deje de desesperación en su mirada que no solía estar antes, que habla de añoranza y necesidad; y un bronceado que habla de palmeras y playas lejanas.

Fuese real o no, no pude evitar hacer un análisis exhaustivo a todo nuestro pasado. Recuerdos de noches en el pantano y excursiones a la ciudad se vienen a mi memoria, me rodean, me asfixian y me dejan libre, cara a cara con él.

Estúpida de mí, no puedo evitar alargar mi mano hacia la suya, ya extendida en ademán de ir a picar a la puerta. Siento su piel. No es posible. Miro a sus ojos pardos y, a la vez, los míos se llenan de lágrimas.

Desde que se fue, tenía dentro de mí la convicción de que volvería al lugar al que pertenecía, de que volvería conmigo. Sólo pude sentarme pacientemente a esperar, viendo pasar los años mientras a mi alrededor todo cambiaba. Todo menos yo.

Por eso sé que el abrazo que nos damos al unísono es un final.

El final de nuestra soledad.



BELÉN DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ

EL SIGNIFICADO DE LAS FLORES

Finalista Categoría Bachillerato

(2º de Bachiller)

Seudónimo Zinnia



Desde pequeños nos enseñan que podemos hacer lo que queramos. Que en este mundo que ha progresado, todos tenemos la capacidad de alcanzar cualquier meta.

Puedes ser abogado si te lo propones, quizás profesor, médico o forense. No es como antiguamente, en la época que seguías el oficio familiar, y si nacías en casa de carpinteros, tu serías carpintero.

Pero todos sabemos que es mentira. No puedes estudiar artes porque no tiene salidas, tocar un instrumento no sirve para nada y no deberías jugar al fútbol porque no vas a vivir de ello. Nos dicen que podemos hacer lo que queramos, pero no nos dejan.

Es una gran mentira disfrazada de verdad, y cuando te das cuenta de que el mundo no es una fábrica de sueños, sino que, más bien al contrario, se esfuerza al máximo en rompernoslos en mil pedazos y hacer de nosotros unas máquinas idénticas que caminan por la calle como un cliché barato, no puedes hacer otra cosa que deprimirte e intentar aceptarlo.

Porque nos creímos que podíamos conseguir las nubes, cuando las nubes son sólo condensación del vapor de agua. Y entonces aquí estoy yo tumbada, una chica de 19 años, demasiado deprimida para hacer nada, estudiante universitaria, si se me puede llamar así, porque estudiar no es lo

mío... Mis días pasan y yo sigo mirando al techo en busca de respuestas y preguntándome si mi vida sirve para algo. Mi madre entra en mi habitación y sube la persiana sin cuidado alguno de no hacer ruido. Haciendo caso omiso, me hice la dormida hasta que mi hermano de doce años se me tira encima cortándome la respiración. Giro sobre mí misma para quitármelo de encima y palpo la mesita de noche buscando mis gafas para a continuación dirigirle una mirada asesina.

Mi hermano me saca la lengua y, seguidamente, sale corriendo de mi habitación. Así ocurría siempre, mi vida era una aburrida rutina. Todos los días olvidaba poner el despertador, por lo que eran mi madre o mi hermano, demasiado felices como para vivir en el mismo mundo que yo, los que se encargaban de despertarme y darme de bruces contra aquella cárcel en que yo misma me había recluido.

Luego me vestía con lo primero que encontraba y en un cuarto de hora ya había desayunado y estaba en la gélida calle, arrepintiéndome de nunca hacer caso a mi madre cuando me decía que cogiera una chaqueta.

Me dirigía hacia la universidad, que se hallaba a dos manzanas de distancia, y cuando estaba de vuelta en casa, me encerraba en mi habitación para escuchar música con el portátil.

Unos nudillos golpearon la puerta. Paré la canción que estaba sonando y apareció tras ella una mujer pequeña, de no más de metro sesenta, que aparentaba más ser mi hermana mayor que mi propia madre.

-Zinnia, he hablado con la vecina esta mañana y me ha propuesto que tú podrías cuidar de su hija de cinco años mientras ella y su marido se van a ver a un familiar esta tarde. Así puedes ganarte un dinerillo extra-.

Anonadada, arqueé una ceja lo máximo que pude y simple-

mente negué con la cabeza por causas obvias. No me gusta salir a la calle. No me gustan los niños pequeños. Y en general, hace tiempo que no me gustan las personas.

-Cielo, no te lo estoy preguntando. Quiero que hagas algo más con tu vida que ir de la cama a la universidad y viceversa. Se llama Julia y vas a cuidar de ella esta tarde. Trata de ser amable, te vendría bien por una vez-.

Habría intentado protestar, pero nunca me salía con la mía. Para tener una apariencia tan dulce, mi madre tenía carácter, así que solté una especie de gruñido y en lo que me pareció menos de un minuto, estaba sentada en un banco del parque con una niña rubia rizada.

-¿Vas a quedarte aquí todo el tiempo? - pregunté a la niña, que no paraba de mirar mi pelo negro con algunos reflejos azules, que, habitualmente, me tapaba gran parte de la cara-.

No recibí respuesta.

Julia me miraba intensamente, con unos ojos verdes más grandes de lo normal que destacaban casi tanto como su despampanante gorro rosa de lana.

De repente, me fijé en el banco de al lado. Sobre él descansaba una flor morada y a su lado, un post-it. Me levante para cogerlo y leí: "Por si no te lo han dicho aún, hoy estás preciosa".

Me quede unos minutos con la cabeza baja hasta que intentando no ponerme colorada mire alrededor. En los bancos de enfrente sólo había tres madres hablando y en otro de más allá un padre daba de merendar a su hijo.

A la mañana siguiente, me levanté nada más oír la voz de mi madre, y antes de que mi hermano tuviese tiempo de aplastarme, me puse unos vaqueros, una camisa, y las deportivas de siempre. Al llegar a la universidad abrí mi taquilla y en su interior descubrí una flor amarilla y otro post it. "Sonríe".

No tenía ni idea de quien pudiera ser y teniendo en cuenta que no hablaba con nadie de la universidad hacía que todo fuera aún menos lógico.

Una idea se apoderó de mi mente y cogiendo la flor, cerré la taquilla y fui a la biblioteca. Al llegar, pregunté a la bibliotecaria por un libro de herboristería y empecé a buscar una flor que se pareciera a la que había en mi taquilla. Acacia amarilla. Elegancia, Amor secreto.

Tardé cerca de veinte minutos en encontrar la flor morada del día anterior, una belladona: Sinceridad.

Si algo estaba claro era que esta persona sabía bastante sobre las flores, o al menos sobre su significado. Iba a dejar la biblioteca pero sin darme cuenta debí de haberme quedado mirando las flores sobre la mesa de la bibliotecaria porque, de repente, la señora me preguntó:

-¿Necesitaba algo más?-.

-No... yo solo... perdón, esas flores, las acacias ¿Dónde las compró? – pregunté, intentando no parecer muy interesada-.

-Oh no, no las he comprado yo, una chica muy amable me las ha regalado-.

-¿Suele venir por aquí?-.

-Por supuesto, le gustan mucho los libros de herboristería y se pasa el día leyendo. Entra de vez en cuando a dejar un post it en el tablón-.

-¿Puedo preguntarle por su nombre?-.

-Se llama Ilona, una chica encantadora, ¿la conoces?-.

Negué con la cabeza y no dude en ir corriendo hacia el tablón, pero lo que vi en lugar de la nota fue una flor negra, un tulipán. Recordé haberlo visto en el libro. Ilona estaba pidiendo ayuda.

Con un gesto mostré mi gratitud a la señora bibliotecaria y salí tan rápido como pude. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo aburrida que era mi vida hasta el punto

de que una simple flor me mantuviera tan ocupada y estuviera preocupada por una persona que no conocía, pero si era como yo pensaba que era, no pediría ayuda si no la necesitara de verdad.

Camino a mi casa, me fijé por primera vez en una floristería que hacia esquina, llamada “Estramonio”. Jamás me había parado a mirar ese escaparate; ni si quiera le había dedicado unos segundos. Me pareció curioso cómo las personas a veces estamos tan ocupadas con nosotros mismos que nos olvidamos de las cosas bellas que hay en el mundo. El escaparate era precioso, plagado de color y dentro, una señora arreglaba un ramo con una gran sonrisa. La idea de entrar me hizo una ilusión para mi desconocida hasta entonces...

Aquella noche apenas dormí, así que al día siguiente salí a la calle una hora antes de lo normal y volví a mirar el escaparate de la floristería.

Fui directa a la biblioteca de mi universidad y me senté cerca de la entrada, escondiéndome tras el libro de herboristería que ya había ojeado la última vez, aunque ni si quiera tenía la intención de leerlo.

Pasaron dos horas y la biblioteca estaba tan vacía como cuando entré. Me disponía a irme cuando entró una chica que nunca antes había visto, rubia, pálida y alta. Destacaba, además, su delgadez. Era demasiado delgada. Llevaba un ramo de flores azules que dejó en lugar de las antiguas acacias y colocó un post it en el corcho. Pasó a mi lado, con movimientos suaves y delicados, y pude percibir su mirada triste y los labios tensos. La seguí con la mirada y vi cómo se sentaba en la otra punta de la biblioteca tras coger un libro de temática psicológica. Un chico entró y se dirigió al corcho, seguramente buscando ayuda para alguna asignatura o avisos de las actividades extraescolares. De repente, su mirada dejó de recorrer el corcho y cogió el post

it. Sonriendo se lo guardó para seguidamente salir de la biblioteca.

Los ojos de Itona, que miraba disimuladamente, se iluminaron y a continuación se sumergió en la lectura de su libro. Quería hablarle, pero no podía. Pensé todas las opciones posibles pero era incapaz de acercarme para saludarle.

De repente vi que se levantaba y se dirigía a dejar el libro de vuelta, así que me decidí y me acerqué donde estaba. Segundos después, y escondida tras una estantería, observé como recogía el libro que yo misma le había dejado sobre la mesa “El significado de las flores”, con tres flores al lado: una Camelia roja, admiración, una Dalia malva, agradecimiento y una Clematis, belleza del alma. Cogió el pos-it pegado en la portada del libro y vi cómo una sonrisa tímida se dibujaba en su rostro. “No estás sola”.

Me fui antes de que le diera tiempo de verme.



**Estos han sido los participantes
del Cuarto Concurso de Relatos de la AMPA
del Colegio Loyola Escolapios de Oviedo.**

Gracias a todos por su participación:

CATEGORÍA 3º Y 4º DE PRIMARIA

Myriam Milán Secades con El secreto de la cuidadora

***Andrea Caro Álvarez con Las nutrias hermanas que
conocieron dos gatos***

María Cerrato Pascual con Una aventura india

Silvia Maújo Blanco con El misterio de la casa embrujada

Alba Poo Gavito con La casa encantada

Lucía Suarez Marzosa con La Princesa Lila

Adrián Vena Cabeza con El Príncipe Tony y el Pájaro de Oro

Iván Rodríguez Suárez con El topo Benjamín

Sergio Coto Fernández con El cochecito y sus amigos

Martín Roig con El Gorila Guni

Lara Amigo Cordero con La niña y el tiempo

Sara Díaz Álvarez con La gata humana

Ramón Álvarez Martínez con El niño que habla con animales

Sara Rúa Rodríguez con Un millonario con mala pata

Arianne López Galvadá con La niña maldita

Mireya Cotera Castro con La Rosa del desierto

Olaya Solís Iglesias con Las ilusiones son más que juegos
Zaira Alonso Montes con Alveza
Miguel López Fernández con El policía corrupto
Ignacio Rocés Gonzalo con Crónica de una muerte inútil
Javier Begega Suárez con Espíritu Escolapio siempre
Irene Del Busto Otero con Para los que más valen
Alfonso López Ayesta con El asesinato de Elena
Mireya Álvarez Valiño con Sofía y el oso panda
Fernando Patallo Suárez con El Mundo Jurásico
Amelia Fernández Ordiales con Un ángel caído del cielo
Lara Alonso Tellez con Rosy: el pájaro volador
Bogdan Marinets con El Cerdito constructor
Pablo Alperi Álvarez con Roma
Lucía Gómez Clemente con Un adiós
Karla Redondo Robe con El perro que sabía ladrar
Ángel Martín Villatoro con La goma extraordinaria
Sara Vázquez García con La laguna desaparecida
Lucía Álvarez Álvarez con En la granja
Bryan Iyoha Llorente con Las cinco ovejitas
Cayetana Luis Álvarez con Los patines de Lara
Laura Pérez Costales con El hogar de los duendes
Miguel Pérez Costales con Las gemas desaparecidas
Mario Mediavilla González con The end
Jairo Bueno Álvarez con Los monstruos listos

Adriana Verde Hopson con Seguir soñando
Carlota Rodríguez Romero con Juan descubre los ovnis
Javier Fernández Bravo con La fría mañana
Claudia Álvarez Valdés con La ciudad de los gatos
Laura Alonso Lajos con El circo de los sueños
Arturo Mastache Moral con Roki y las pruebas
Naiara Bardales Ontañón con El misterio de la gelatina encantada
Rubén Lema Casado con El colegio embrujado
Ángel Muñiz Martínez con Cromo-man
Llara Díaz Secades con Cudrupipi

CATEGORÍA 5º Y 6º DE PRIMARIA

Luna Alonso Tellez con La ciencia es una aventura
Rodrigo Fernández Bravo con El pequeño héroe
Elsa Fernández Dupuy con El secreto de mi vecino
Miguel Cortijo Álvarez con El humano animal
Sandra González Rodríguez con El sueño de Cris
Inés Cerrato Pascual con El misterio del cadáver desaparecido
Ignacio Icobalceta Chacha con La finca de los abuelos
Paula Fernández Argüelles con Un día más
Claudia Feito José con Un viaje inesperado

Sergio Diego Barrero con La aventura del verano
José Héctor Arnaldo con Un viaje en globo inesperado
Hilda Álvarez Martínez con Mi amigo
Mara Díaz Rodríguez con El niño generoso
Gema Fernández Dáder con Atrapada en la almohada
Paula Mata Arguengo con En busca de mi doble
Nathaly Mariel Benítez Díaz con La niña que perdió a sus amigos
Daniela Rodríguez Fernández con La leyenda
Celia Macía Bravo con Me siento bien
Jorge Escalante Díaz con Verano en Contiqui
Celia del Corro López con Mamá, ¿los sueños se cumplen?
Nuria González Manso con El perro con más suerte del mundo
Enrique Rubio Miralles con Esperanza
Elsa Alzu Menéndez con El mundo fantástico
Marta Suárez Fuenteseca con La gran alegría de Candela
Carlos Naves Álvarez con El paraíso
Ángela Riesgo Moreno con Grandes Amigas
Laura García García con Mi vida
Paula Pedregal García con Mira si te querré
Teresa Coca González con Star Butterfly
Natalia Patallo Suárez con La Felicidad de Paula
Daniela Luís Álvarez con El gran sueño de un anónimo

Jaime Menéndez Sandín con Prehistórico y Bisontín
Ania García Fernández con La vida es corta ¡disfrútala!
Sandra Rodríguez Fernández con Lara y el misterio de la llave

Paula Mata Arduengo con En busca de mi doble

Raúl Puerta García con La catedral fantasma

Lucía Martín González con La pequeña historia de Lucas

Paloma Bacon Pérez con Los aventureros

Andrea Suárez Majada con El diario de Mía

Mateo Rodríguez Díaz con El pequeño lugar del Océano

Nicolás Rodríguez Romero con Los amigos folledenses

Alejandro Ramírez Nogueira con La Mansión de los Baker s

Álvaro Martínez Fernández con El molino mágico

Carlos Díaz Suárez con Mi cumpleaños

Nazareth Millán Secades con El diario de Elsa

María Peláez Herrero con Una hermana inesperada

CATEGORÍA 1º Y 2º DE E.S.O.

Ana González Camporro con Juntos encontraremos la salida

Aida Montero González con Esperanza

Marta Villa Fernández con El sueño

Mara Fernández Dupuy con El secreto mejor guardado

Ángel Luengo Rivas con Sebastián, el poder de los sueños y la imaginación

Javier Álvarez González con Lo que el tiempo se llevó

Lucía del Corro López con Déjame vivir

Nerea Casal Pelíz con Se necesitan héroes

Thomás Bacon Perez con Manolín el samurái.

Marco Macía Bravo con No sé de qué escribir este relato

*Claudia Elena Peláez Machado con Casti y el Libro de
Pociones*

Marta Pastor Arranz con Carta sin dueña

CATEGORÍA 3º Y 4º DE E.S.O.

Paula Vallejo Menéndez con Soñar realidades

Zenahir Romero Romero con El día en que mi vida cambió

Ana Villa Fernández con Mi admirador secreto

*Miguel Argüelles Álvarez-Quiñones con La sombra de
un sueño*

Paola León Manso con Trucos

Covadonga Somoza González con Verano del 98

Mercurio Verde Hopson con Las crónicas de Remi

Itziar Tuñón Álvarez con El baúl de Mary

Alonso Fernández Otero con Una semana corriente

CATEGORÍA BACHILLER

- Elena Moro Uría con La verdadera yo*
Inés Martínez Salgado con Lo que habita en mi
Paula Álvarez Otero con Suicida
Miguel Ángel Bravo Del Valle con La vida pasa
Carlota Menéndez Landa
Alba Monjardín Somoano con Mi historia en un reflejo
Claudia Urbano Cadavieco con Alejandra
Claudia Castejón Bartolomé con El Don
Alba Fernández González con El Tiempo
Uxo Aizpiri Lérída con Una vida nueva
María Martino Redondo con Una noche diferente
Andrea Miguélez Sánchez con Buscando la verdad
Marina López Fernández con El collar de la felicidad
Pablo Asensio Rodríguez con Eva... no mires atrás
Laura Alonso Acebal con La realidad de un sueño
Diego Palacio Vega con La envidia mata
Laura Dolado Díaz con ¿Para qué quería más?
Nuria Fernández Vigil con Jigsaw
Alicia Gutiérrez Fernández con Si, es cierto
Irene Urraburu Álvarez con Vive el presente
María Villanueva Martínez con Su segunda madre
Andrés Álvarez Gato con Clara

Pelayo Rodríguez Ramírez con Realidad
Sergio González Martínez con El video de Lya y Louis
Carolina Palos Rodríguez con Pisadas en la arena
Isabel Moreno-Luque Brey con La Odisea
Alejandro Escandón Menéndez con El mundo paralelo
Eva Argüelles Fernández con Oscura Realidad
Nicolás Fernández García-Ciaño con Universos paralelos
Jorge Cordero Morillo con La leyenda del automovilismo
Paula Fernández Méndez con Aida De La Fuente
Sara García Lastra con El sueño de la vida
John Leiver Mogollón Cárdenas con Historias de familia
Pelayo Cifuentes Fernández con El reloj
Mar Vallejo Menéndez con Flashback
Marina María Cordero con La carretera madre
Jorge Álvarez-Santullano González con 21 de Octubre
Rubén Méndez Linde con El caso de Hermink
Juan Iturrate Bobes con La nueva vida de Jaime
Diego Díaz Salamanca con La sombra del pasado
Lucas Peláez Herrero con El hámster
David Pacho Marrón con Coventry Ville
Sandra Álvarez Lorenzo con Sé que fue cierto
Daniel García González con Reminiscencia
María Suárez Fonseca con América y lo que allí encontré
Julio Santa Cruz García con Esfonzándose

Miguel Fernández Díaz con Los prejuicios de la señora

Jorge Cruz Fernández con Rufino el mentiroso

Belén Domínguez Martínez con El significado de las flores

Andrés Fox Díaz con Soledad

Marina Iturrate Bobes con La figura detrás del espejo



